17

Revista del Vinalopó

Publicació anual de Ciències Socials de les comarques del Vinalopó

Testimonis de pedra,
75 anys després de la Guerra Civil

CEL
Centre d'Estudis Locals del Vinalopó

17

Revista del Vinalopó

Testimonis de pedra,
75 anys després de la Guerra Civil

2014

CEL
Centre d'Estudis Locals del Vinalopó

Revista del Vinalopó, 17
desembre, 2014

Centre d'Estudis Locals del Vinalopó

Direcció:
Gabriel Segura Herrero

Coordinació:
José Ramón Valero Escandell (UA)

Consell de redacció:
Laura Hernández Alcaraz, Brauli Montoya Abat, Alicia Cerdá Romero, Carmen Payá Abad, Tomàs Pérez Medina, Mª Carmen Rico Navarro, Joaquim Serrano i Jaén, Mª Jesús Navarro i García i Vicente Vázquez Hernández.

Assessorament lingüístic:
Brauli Montoya i Abat (UA), Carme Carbó Marro, Jesús Mª García Saenz i Pedro Civera Coloma (CEFIRE Elda)

Secretaria:
Centre d'Estudis Locals del Vinalopó
Apartat de Correus 178 / 03610 Petrer
e-mail: info@celvinalopo.com / www.celvinalopo.com

© Centre d'Estudis Locals del Vinalopó
Autors i autores

ISSN: 1139-7322
Dipòsit Legal: A-2-1999

Disseny i maquetació:
Javier Mira | info@javiermira.es

Impressió:
Gráficas El Cid, s.l.

El CEL Vinalopó no es fa responsable de l'opinió expressada pels autors en cadascun dels articles continguts en la Revista del Vinalopó.

Amb el suport de:

Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert

Diputación de Alicante

Institut Ramon Muntaner
Fundació privada dels Centres d'Estudis de Parla Catalana

Fundació Privada Mútua Catalana

Concejalía de Cultura
Ayuntamiento de Elda

Ajuntament de Crevillent

Ajuntament de Petrer
Cultura

Índex

DOSSIER

José Ramón Valero Escandell **13** **Los lugares de la Guerra Civil. Mucho más que patrimonio inmaterial**

Ángel Viñas Martín **33** **Guerra Civil y cambios de paradigma**

Enrique R. Gil Hernández **47** **Arqueología de la Guerra Civil en el Vinalopó**

Alejandro González Alegre **65** **El sur del Cinturón de Hormigón. Cronología, contextualización y análisis de estructuras**

Fernando E. Tendero Fernández **85** **La defensa de Petrer durante la Guerra Civil**

Alicia Cerdá Romero **101** **El aeródromo de «El Fondó», de Monóvar**

José Ramón García Gandía **113** **Espacio y memoria en Aspe, 1936-1939**

Bienvenido Mas Belén **127** **Com si no haguera passat res més enllà del front: Crevillent, 1936-1939**

Jose Antonio Sáez López **143** **Los lugares de la Guerra Civil en Sax**

Roberto Valero Serrano **155** **Sanidad y estructura hospitalaria en la Elda de la Guerra Civil**

Carles Salinas Salinas **171** **Les colònies escolars col·lectives al Vinalopó (1936-1939)**

Rosario Navalón García **189** **Turismo bélico en el Vinalopó. Los lugares de la guerra como recurso potencial**

OP. CIT.

Carlos Salinas Salinas **207** **Operación quirúrgica en el cuerpo social La represión política en Monóvar (1936-1943)**

Carlos Salinas Salinas **209** **De las urnas a las armas. El Frente Popular y los orígenes de la Guerra Civil en la provincia de Alicante**

Gonzalo Martínez Español **211** **La memoria rescatada. Fotografía y sociedad en Aspe (1870-1976), Vol. I**

Gonzalo Martínez Español **213** **La memoria rescatada. Fotografía y sociedad en Aspe (1870-1976), Vol. II**

Rafael Carcelén **215** **Los colegios públicos y privados de Elda, 1900-1970**

Mª Ángeles Herrero Herrero **217** **La diócesis de Cartagena en el siglo XX. Una aproximación histórico-sociológica**

Juan Ramón García Azorín **221** **1779. Las calles perdidas de Petrer**

Bonifacio Navarro Poveda **223** **La Transición de la Democracia en la provincia de Alicante (1974-1977)**

Vicente Vázquez Hernández **227** **Catálogo y transcripción de los documentos contenidos en el Libro de Privilegios Reales de la Ilustre Villa de Sax**

Rafael Martínez García **229** **Instituto «La Asunción». 50 años, 50 miradas**

Juan B. Vilar **233** **Teatro religioso en las fiestas de Villena. Representaciones teatrales dedicadas a la Virgen de las Virtudes**

Revista del Vinalopó, 17 (2014), 33-46 ISSN:1139-7322

Guerra Civil y cambios de paradigma

Ángel Viñas Martín

Resumen
El artículo contrapone los dos paradigmas de la Guerra Civil: el canonizado por la dictadura franquista, apoyado por los recursos del Estado, justificador de la sublevación militar como medida preventiva que legitimó el 18 de julio; y el defensor de la legalidad republicana, apoyado desde los liberales a los comunistas. El paradigma franquista resultó conveniente para algunos historiadores occidentales, que justificaron al autoproclamado Centinela de Occidente.

Palabras clave: España, guerra civil, franquismo, socialistas, comunistas, anarquistas

Abstract
The article contrasts the two paradigms of the Civil War: the canonized by the Franco dictatorship, backed by the resources of the state, justifying the military uprising of July 18th as a preventive measure; and the defender of the republican legality, supported by liberals and communists. The Franco paradigm proved convenient for some Western historians, that justified the self-proclaimed West Centinela.

Keywords: Spain, civil war, Franco, socialists, communists, anarchists.

El estudio de la guerra civil hace ya tiempo que se ha convertido en un capítulo central de la historiografía sobre la contemporaneidad española. Los títulos que de ello dan testimonio son, en lo que se refiere a cantidad, prácticamente inabarcables. En una reciente obra de orientación bibliográfica sobre los libros aparecidos en España y en diversos países que he tenido el honor de dirigir se mencionan unos ochocientos para los últimos seis u ocho años. Es casi imposible que en España no salgan al mercado en promedio dos obras por semana. El mercado está saturado, las tiradas son cortas pero la actividad editorial no decae.

La guerra civil fue siempre un campo muy activo que ha recogido y recoge el choque de tradiciones político-culturales muy definidas. Sin embargo, desde la recuperación de las libertades democráticas a partir de 1975 también hemos asistido a la superposición y sustitución de paradigmas sobre la interpretación de la guerra y sus consecuencias en un incesante proceso de modificación y de destrucción creativas. Hoy sabemos más sobre dicho complejo temático que en ningún momento anterior y numerosos interrogantes han dejado de serlo.

Situación de partida

Obviamente la guerra no se dirimió solo por las armas, aunque fueron estas las que condujeron a la victoria y a la derrota. Fue también un choque de culturas (desde a la derecha la fascista, la conservadora, la militar y la católica hasta la liberal o las de las distintas izquierdas ya sean anarquistas, socialistas, comunistas y trotskistas). Tales culturas reflejan la diversidad ideológica de los contendientes de 1936-1939. Su traducción historiográfica respondió a una doble necesidad: a la derecha, la de justificar la sublevación para derrotar por la violencia el régimen republicano y, en el centro o en la izquierda, la defensa de este y su oposición a la coalición, más o menos fascistizada, que inmediatamente se situó detrás de los militares sediciosos.

La pugna generó una abundante literatura tanto durante el conflicto mismo como después. Dura hasta nuestros días. Cabría afirmar que prácticamente todo lo que pueda afirmarse acerca de la guerra civil, sus antecedentes y sus consecuencias ya ha sido dicho de alguna u otra manera, en uno o en otro momento. En esta perspectiva, la labor de los historiadores, desaparecido el peculiar sistema político e institucional de la dictadura franquista, ha estribado en buena medida en confirmar o desechar, y hasta qué punto, las tesis y afirmaciones en presencia, separando el trigo de la paja, los mitos de los hechos y la propaganda de la realidad. Nunca ha sido una tarea fácil. Tampoco lo es hoy. Las construcciones ideológicas y mitológicas son resistentes. Muchos dogmas se amurallan al chocar con la evidencia documental.

No es de extrañar. Por lo que se refiere a la variopinta gama de los vencedores, a lo largo del franquismo cristalizó un paradigma cerrado que la dictadura defendió con uñas y dientes movilizando todos los resortes de la represión, de la censura y del poder coercitivo del Estado. Solo en los sistemas comunistas se encuentra en Europa una ambición similar. En el caso español influyó decisivamente en la mentalidad y

formación de un sector de la sociedad española.

Fue en los años sesenta del pasado siglo cuando las autoridades franquistas, sobre todo las más abiertas hacia el mundo externo en los Ministerios de Asuntos Exteriores y de (Des)Información y Turismo, comprendieron que los postulados de tal paradigma no resistían al desafío que plantearon los primeros estudios documentados de autores extranjeros. En su seminal obra *El mito de la Cruzada de Franco*, Herbert R. Southworth, una de las *bêtes noires* de los autores pro-franquistas, hizo un análisis devastador de la endeblez de la base empírica de la mayor parte de los componentes de dicho paradigma. Numerosos historiadores del régimen vieron su reputación por los suelos. A alguno (Rafael Calvo Serer, por ejemplo) no le preocupó lo más mínimo.

En el lado de los vencidos no cristalizó un paradigma uniforme, aunque sus diversas manifestaciones se opusieron al franquista. La catastrófica derrota, con su cortejo de desavenencias profundas, enemistades personales e ideológicas y disputas sin cuento en torno a las causas de la debacle, no permitió consolidar explicaciones compactas. La rivalidad política, que ya se había hecho sentir duramente en las filas de los defensores de la legalidad republicana, se tradujo en una amplia floración de ensayos de exculpación o de inculpación.

Incluso en la historiografía actual se encuentran ecos de tales rivalidades. Los autores de proclividades anarquistas y poumistas suelen poner a caldo a los que consideran pro-comunistas. Muchos historiadores devuelven la pelota a ambos grupos. Los de proclividad socialista suelen moverse al compás de las olas en que se han anegado ciertas reputaciones. Esto refleja el hecho fundamental que los socialistas entraron divididos en la guerra y que en su curso se acentuó tal división. Tuvo consecuencias perdurables durante el franquismo, en el post-franquismo e incluso en la actualidad. La polémica se ha centrado en torno a la valoración histórica de las tres grandes figuras socialistas: Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto y, en particular, Juan Negrín finalmente rehabilitado a título póstumo por su partido.

Podría afirmarse que este choque de culturas fue en gran medida endógeno, es decir, que estuvo asentado en la dinámica de la guerra civil misma y en el proceso histórico que a ella condujo. Ahora bien, desde finales de la segunda guerra mundial, cuando los vencedores occidentales aceptaron la dictadura franquista, por mucho que retóricamente se la crucificara como el último residuo del fascismo, no tardó en producirse un cambio sutil en el enfoque de la guerra española. Tuvo lugar ante todo entre historiadores extranjeros. El motivo es evidente pero se ha obviado con frecuencia.

El impacto de la guerra fría

A la aparente unidad de los vencedores en el segundo conflicto mundial le sucedió la discordia en la incipiente guerra fría. Esto ya lo había previsto la propaganda nazi, con su incesante martilleo sobre el antinatural fenómeno de la alianza entre las democracias capitalistas y el régimen soviético. También lo había asumido como dogma de fe la

dictadura franquista y había atemporado a él su conducta, una vez que vio que el futuro no lo dominarían las potencias fascistas.

Los británicos tendieron una mano a Franco antes de que terminase el conflicto mundial. Estaba en consonancia con las elucubraciones de Churchill de preparar un asalto a la Unión Soviética para obligarla a soltar presa en la Polonia ocupada por el Ejército Rojo. Churchill no dudó incluso en pensar hacer uso de los efectivos de la ya casi derrotada *Wehrmacht* para enfrentarse al oso moscovita. La estabilidad de la península ibérica bajo los regímenes de Franco y de Salazar, y la seguridad de las cuantiosas inversiones directas en ambos países, llevaron al gran estadista británico a aplicar a ambos dictadores la misma máxima que había utilizado de cara a Stalin en 1941 tras la invasión nazi de la URSS: los enemigos de mis enemigos son mis amigos.

Transcurrido un corto período de vacilación, marcado por la hostilidad institucional de las nuevas Naciones Unidas, pero que no tuvo efectos prácticos relevantes, la naciente guerra fría hizo que para los planificadores del Pentágono el régimen de Franco apareciese como un interesante aliado potencial. A la conveniencia de mantener estable el espacio ibérico (el régimen salazarista fue incorporado a la Alianza Atlántica desde el primer momento), se añadió la posibilidad de establecer bases directas en territorio español. Hasta 1951 no se despejó el panorama pero la tendencia era ya aparente desde años antes.

Las necesidades político-estratégicas anglo-norteamericanas tuvieron consecuencias en el plano historiográfico. Dos son las más importantes. En primer lugar, si la URSS renacía como el enemigo estructural de las democracias occidentales el apoyo soviético a la República durante la guerra civil podía considerarse como un primer zarpazo de Stalin para desestabilizar Europa a través del flanco sur. ¿No apoyaba Moscú a los comunistas en la guerra civil griega? ¿No amenazaban los partidos comunistas francés e italiano la estabilidad de sus respectivos países? ¿Acaso no fue preciso poner valladares a su eventual expansión?

En una palabra, el paradigma de la guerra fría se sobreimpuso a la española. Para ello los anglonorteamericanos dispusieron de mecanismos eficientes que ahondaron las divergencias políticas entre los republicanos del exilio. El IRD (Information Research Department) británico y la CIA apoyaron todas las interpretaciones no comunistas de la guerra civil e influyeron en autores anarquistas, poumistas, excomunistas y socialistas. En Londres se pensó incluso en captar al coronel Segismundo Casado, autor del golpe de marzo de 1939 que asestó el último golpe mortal a la resistencia republicana. El antiguo poumista Julián Gorkin, ya a sueldo norteamericano, escribió sobre la guerra civil como si se hubiera tratado de un primer intento de establecer una república popular a remedo de las que la URSS había ido creando en los países de la Europa central y oriental. El periodista galés, otrora pro-comunista y ya acaudalado agente de la propiedad inmobiliaria en California, Burnett Bolloten, se pasó treinta años trabajando en una obra en la cual la guerra civil es en gran medida la cortina tras la que se ocultaron los designios soviéticos.

Todo esto vino como anillo al dedo a la propaganda franquista que, desde 1936, había reiterado incesantemente que la guerra civil fue el resultado de la necesidad de oponerse a una inminente revolución comunista y que lo que en ella se dirimió no fue otra cosa que la supervivencia de la civilización cristiana y occidental. Poco más o menos lo que ya habían dicho los nazis, tras el incendio del Reichstag, en 1933.

La búsqueda franquista del acomodo con Estados Unidos acentuó esta orientación. Para consumo interno español, Franco se vio investido como «el centinela de Occidente», el primer estadista que se había levantado en armas contra el comunismo y el primero que lo había derrotado en el campo de batalla.

Esta cómoda situación de partida fue duradera. Ahora bien, en 1959/1960 la introducción del plan de estabilización y liberalización abrió la economía española. Con ello consolidó un proceso de integración en la división internacional del trabajo del mundo occidental que sentó las bases para el desarrollo económico y social subsiguiente.

Aquella decisión estratégica, a la que en principio se opuso Franco, tuvo una consecuencia desagradable. Al abrirse las fronteras y favorecerse la emigración, también penetraron ideas y percepciones que no casaban con los postulados políticos, institucionales, intelectuales e historiográficos de la dictadura. No se subrayará lo suficiente el impacto de las primeras obras extranjeras que pretendían ofrecer un cuadro narrativo y documentado de la guerra civil. Los trabajos de Gerald Brenan, sobre los antecedentes, y de Hugh Thomas (en una óptica liberal-conservadora) y de Gabriel Jackson (en una perspectiva pro-republicana y de centro-izquierda) generaron inmensas discusiones, aunque hubieron de importarse de contrabando, como también ocurrió con las obras posteriores de Manuel Tuñón de Lara, escritas en Francia.

El régimen encontró solaz en los trabajos de ciertos historiadores británicos y los nuevamente reaparecidos en la discusión internacional, alemanes. Todos ellos continuaron el apoyo prestado a Franco durante la guerra civil. A Thomas se le opusieron varios excolaboradores del IRD, todos muy distinguidos y llenos de honores. Numerosos nazis reciclados no se quedaron cortos. Y no faltaron autores franceses de derechas y de la extrema derecha, con ejemplos que todavía subsisten hoy.

En la resaca de la celebración de los «veinticinco años de paz» en 1964, el ministro de (Des)Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, catedrático de Derecho Político (y luego de Teoría del Estado y, es un decir, Derecho constitucional), comprendió que el paradigma dominante en España necesitaba un *aggiornamento*. El que se preconizaba desde el Servicio Histórico Militar no tenía en cuenta en absoluto los avances que en la historiografía sobre la guerra civil se realizaban en el extranjero. Un oscuro *Boletín de Información* los daba a conocer entre la alta administración y es de suponer que tuviese alguna influencia.

Con todo, el ejercicio no era fácil: había que conservar postulados inconmovibles que no hicieran dudar del bien fundado de la interpretación que justificaba el «régimen del 18 de julio». Ahora bien, por otro lado era preciso silenciar multitud de tesis accesorias fácilmente des-

montables acudiendo a las bases documentales ya disponibles, en particular las publicadas por los antiguos aliados sobre las relaciones Franco-Hitler. Una molestia.

De dicha tarea se encargó un oscuro funcionario del Ministerio de (Des)Información y Turismo, Ricardo de la Cierva, exjesuíta y químico de formación. De la Cierva había publicado un primer libro sobre política turística adornado con una dedicatoria algo más que sicofántica a Franco y no tardó en glosar, de manera harto discutible, las masas de literatura conservadora, cuando no de extrema derecha, sobre los antecedentes de la guerra civil.

A pesar de que, como factótum del régimen tuvo la puerta abierta a los archivos políticos, militares y policiales, de la Cierva siempre fue renuente a utilizarlos o a identificar sus fuentes, aunque nunca dejó de aludir a unos y otras. Rápidamente renunció a escribir de forma académica y se centró en un enfoque más vendible y económicamente más remunerador: el de divulgación narrativa.

De su amplísima obra, ya como catedrático de Universidad, solo un título, sobre cuya calidad no quisiera pronunciarme, se basó claramente en evidencia primaria, a la que sometió a las oportunas tergiversaciones y omisiones. En ocasiones, cayó en el ridículo más abyecto cuando presentó varias versiones sucesivas –y todas falsas– sobre las responsabilidades detrás del bombardeo y destrucción de Guernica.

Un enfoque menos grotesco y más documentado siguieron unos pocos historiadores militares (el coronel José Manuel Martínez Bande, los hermanos Ramón y Jesús Salas Larrazábal) en la medida en que se centraron en operaciones bélicas *estrictu senso* con un enfoque de historia positivista. Todos ellos, sin embargo, en cuanto se salieron de dicho campo y entraron en aspectos políticos, internacionales, económicos e ideológicos respetaron estrictamente los postulados que siempre tiñeron el paradigma oficial.

Dos paradigmas frente a frente

Para nuestros efectos, los puntos fundamentales del paradigma franquista pueden resumirse como sigue:

En lo que se refiere al origen de la guerra civil:

a) Fue la consecuencia lógica, y prácticamente inevitable, del fracaso de una República sectaria y excluyente por asentar un régimen que concitara el afecto de la inmensa mayoría del pueblo español.
b) La República, en particular durante el bienio republicano-socialista de 1931 a 1933 y la primavera del Frente Popular, fue sumamente disgregadora. No en vano estuvo dirigida por un conjunto de fuerzas (socialistas, anarquistas, comunistas, masones, etc.) que constituyó, en puridad, la manifestación de la «Anti-España».
c) Esta «anti-España» desarrolló una amplísima actividad revolucionaria que negó el pan y la sal, y con frecuencia la vida misma, a los elementos de orden, patrióticos, católicos y conservadores.

d) Para colmo, gran parte de las fuerzas políticas y sociales que la integraban fueron manipuladas desde Moscú en el marco de una futura agresión destinada a penetrar en la Europa occidental por su flanco más débil.
e) En consecuencia, el «movimiento salvador» que recurrió a las armas en julio de 1936 fue una medida desesperada para salvar a una España presa del desorden, de los asesinatos y de la anarquía e impedir que se despeñara por un ominoso precipicio. Fue un movimiento que conjuntó tras de sí a todos quienes, en un momento de intensa excitación patriótica, se atrevieron a decir «no» a los dictados comunistas.
f) De lo que antecede se desprende que el régimen republicano había perdido cualquiera legitimidad que ostentase (que para algunos nunca existió). Además, la revolución social que se abatió sobre la zona republicana, con la persecución y asesinato de millares y millares de eclesiásticos y elementos de derechas, dio al traste con las briznas que le quedasen.

En lo que se refiere al desarrollo de la guerra:

a) La República recibió una ayuda masiva de la Unión Soviética, en consonancia con los perversos designios moscovitas. También, en no extraña coyunda, la Francia del Frente Popular se opuso al «glorioso movimiento nacional».
b) La ayuda externa recibida por éste fue, sin embargo, muy limitada y siempre se justificó por el inmenso acopio que los «rojos» hicieron en el extranjero.
c) La disciplina, una voluntad férrea, el restablecimiento de la paz y el orden y la necesidad de invertir la evolución política, económica y social fueron objetivos que las armas «nacionales» –como desde el principio se autoconsideraron–, bendecidas por Dios y por la Iglesia, persiguieron obsesivamente. Al final alcanzaron la victoria.
d) Esta victoria, sin embargo, fue conseguida esencialmente gracias al tesón, a la fortaleza y a la sagacidad del general Francisco Franco que, literalmente, salvó a la PATRIA (con mayúsculas) de perecer a manos de sus enemigos.

La dogmática afirmación de que la sublevación tuvo un sentido preventivo dura hasta nuestros días. Véase, por ejemplo, lo que escribe un catedrático de Historia de la Universidad San Pablo-CEU:

> *En la primavera de 1936 eran ya muchos los militares convencidos de que lo único que libraría a España de su disgregación, y de caer en manos de una dictadura marxista similar a la que sufría Rusia desde hacía ya más de quince años, era una acción armada encabezada por el ejército.*

Esto no es sino un reflejo pavloviano de las afirmaciones con las que Hitler, Göring y Goebbels, apoyados por la derecha monárquica

y capitalista alemana, justificaron la implantación de la dictadura. Con una diferencia. Los nazis aludieron a la incautación de quintales de documentación comunista que «demostraban» los planes conspiratoriales. Naturalmente, jamás los dieron a conocer. Los franquistas se atuvieron a unos cuantos documentos inventados. Southworth diseccionó los más conocidos.

La anterior cita refleja también la congelación del tiempo porque la única «prueba» de los asertos que ofrece su autor son los alegatos, que circularon tras la guerra, de unas actas de las reuniones de la Komintern y que solo existieron en la imaginación de los proponentes del golpe militar.

En lo que se refiere a las consecuencias de la guerra civil:

La victoria la obtuvieron las fuerzas que representaban las mejores tradiciones de España, las de una España eterna e inmortal que pugnaba por no perecer bajo las lacras de la modernidad y sus demonios: el liberalismo, la secularización, el socialismo y el comunismo. Era preciso retornar, en lo posible, a un mítico *estatu quo* antes. Aunque, eso sí, sería «actualizado» primero por el fascismo, luego por el nacional-catolicismo y finalmente por el desarrollismo.

Tal retorno únicamente podía impulsarse desde las alturas del Ejecutivo. Alcanzadas éstas, cualquier modificación ulterior, política e institucional, se entendería como una concesión graciosa que se haría en condiciones cuidadosamente controladas. El franquismo aceptó cambios, por supuesto, pero cambios que se encauzaron por canales estrechos, regulados e inasequibles a las demandas que no fueran las que se aceptaban en complejas transacciones internas entre los círculos del poder.

Dicho poder se centralizó espacialmente y su ejercicio fue elevado a la categoría de principio absoluto como reacción a la experiencia republicana de «devolución» a las nacionalidades históricas de una cierta capacidad de actuación. Se derogó el estatuto vasco. Dos de las provincias vascongadas se vieron calificadas de «traidoras». El estatuto y la Generalitat de Catalunya se arrojaron con vehemencia al basurero de la historia. El castellano, «idioma del Imperio», quedó configurado como única lengua oficial. Los deseos de autonomía fueron, naturalmente, más difíciles de extirpar pero la represión de los años cuarenta y cincuenta amenazó con reducirlos a cenizas. Autonomía quedó equiparada indeleblemente con separatismo.

Extirpados tales males llegaría la hora de la recuperación. La segunda guerra mundial la habría impedido. Ahora bien, cuando se reconoció «la razón de España» y la indomable rectitud del Caudillo, pudieron abrirse las puertas a un proceso de desarrollo como España no había conocido jamás en su historia.

En definitiva, un régimen nacido de una guerra civil absolutamente necesaria se presentó como un período glorioso que sentó las bases para el crecimiento económico subsiguiente. Sin el franquismo, en una palabra, no hubiera habido democracia en España.

En contra de ello, los historiadores y pensadores del exilio escri-

bieron sin posibilidad de acceso a fuentes salvo algunas propias (fue el caso de los anarquistas y, mucho más tarde, de los comunistas). El ponderado libro de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, escrito en París al término de la guerra civil, en mi opinión el más interesante, no tuvo demasiados seguidores. Eso sí, numerosísimas memorias de todo tipo (en primer lugar las de Azaña) y otros tantos ensayos (una gran importancia reviste el de Madariaga, hoy olvidado), entre los cuales hay que destacar las obras de Julio Álvarez del Vayo, *La batalla de la libertad*, y de Antonio Ramos Oliveira *Politics, Economics and Men of Modern Spain* y su trilogía sobre historia española, plantearon las cuestiones centrales de la guerra civil y los problemas fundamentales a los que los republicanos hubieron de hacer frente.

Así, pues, este paradigma se contrapone al difundido por la dictadura si bien se vio teñido en buena medida por las dos características ya mencionadas de exculpación e inculpación. No penetró en España, excepto en círculos minoritarios, y sus afirmaciones jamás sirvieron de base a la enseñanza reglada de la historia contemporánea, ya fuese en la enseñanza secundaria o universitaria.

Solo en un extremo coincidió el paradigma franquista con las afirmaciones dominantes en los círculos del exilio en el mundo occidental: los aviesos designios de Moscú con el fin de echar raíces en tierra española, algo muy articulado por anarquistas y poumistas. En esta perspectiva el problema fundamental de la guerra lo habrían constituido los comunistas y sus actuaciones. No es de extrañar que en los momentos finales de la dictadura, los escritos anarquistas y poumistas circularan mejor que la historiografía extranjera que, poco a poco, había ido densificándose.

Historiografía tras el franquismo

Con la desaparición de la censura en 1976 y el restablecimiento de las libertades de expresión y de asociación lo primero que ocurrió, en el plano que aquí nos interesa, fue una explosión historiográfica en tres dimensiones:

1. La difusión y absorción de la literatura generada tanto por el exilio como por historiadores extranjeros. De golpe y porrazo se publicó de todo, sin distinción de colores ni de proclividades. Muchos autores foráneos vivieron momentos de gloria: Thomas, Jackson, Southworth pero también Payne, Malefakis y muchos otros.
2. La vulgarización de los conocimientos acumulados en el extranjero o que iban generándose en el interior y en el exterior a través de revistas de historia dirigidas al gran público o de páginas de historia en otras publicaciones periódicas. Alguna de las primeras, como *Historia y Vida*, era ya veterana. Varias nuevas surgieron y crecieron como las setas tras las lluvias de otoño. *Historia 16* es el ejemplo más destacado pero también *Tiempo de Historia* o la menos conocida *Historia Internacional*.

Entre las publicaciones generales es de justicia destacar revistas como *Cambio 16*, *Doblón*, *Actualidad Económica*, *La Calle*, *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálog*o, o incluso *Interviú*, que se arriesgó a sacar a la superficie una faceta del pasado oculto como eran las víctimas de los sublevados y que entremezcló con artículos desenfadados y fotografías de desnudos.

3. La realización de obras de síntesis o de investigación en que se tocaban temas que no habían aflorado en la literatura generada durante el franquismo. Esto tuvo lugar en el marco de una renovación generacional de los profesores de historia, tanto en la enseñanza universitaria como secundaria.

Una gran parte de los historiadores de esa generación introdujo en España los enfoques que habían ido triunfando en el extranjero: la escuela de los *Annales*, el marxismo y la historia social. Tuñón de Lara se situó en vanguardia con sus intentos de síntesis de una historia total que combinaba aspectos económicos, sociales, políticos, militares e intelectuales. Más tarde llegarían la historia de género y los enfoques de experiencias desde la base, a nivel de ciudadanos y de soldados ordinarios, o los de la historia local. En general, se abrió camino la concepción de la historia como una ciencia social particular.

Como había ocurrido y ocurría en el extranjero al abordar el estudio de las dos guerras mundiales los enfoques iniciales mostraron una preferencia por la historia política, la militar, la económica y la de las relaciones internacionales. Es decir, dimensiones que podríamos considerar clásicas. Sería vano mencionar nombres y títulos. Con notables y lamentadas excepciones por fallecimiento (Javier Tusell, Marta Bizcarrondo) muchos de ellos siguen en activo. Su trabajo conjunto relegó a la categoría de pamplinas la mayor parte de las afirmaciones que habían conformado el paradigma franquista cuyos representantes se batieron en retirada. Tanto sus técnicas de análisis como su metodología se habían quedado anticuadas. Ninguno de ellos amplió de forma eficiente la nueva base documental que iba resultando disponible al compás de la lenta, pero continua, accesibilidad de los archivos.

Ya en 1976, por ejemplo, se abrieron los del Ministerio de Asuntos Exteriores para el período de la guerra. Siguieron, con un retraso que pareció interminable pero que en realidad fue cosa de muy pocos años, los archivos del Servicio Histórico Militar. Más adelante fueron abriéndose los de las tres armas y, algo para la historia social muy relevante, el de la guerra civil en Salamanca. En él se había depositado la documentación incautada a las organizaciones y partidos del Frente Popular y se había utilizado con fines de represión política, económica e ideológica. Nada de ello lo habían consultado los historiadores del exilio.

Una evolución paralela, en esta ocasión motivada por imperativos de tiempo y la aplicación de la legislación vigente, se registró en los archivos extranjeros, en particular británicos, franceses, italianos y norteamericanos para el período de la República y de la guerra civil.

La consecuencia fue que ya al comienzo de los años ochenta los

historiadores que no comulgaban con las ruedas de los molinos franquistas habían asestado golpes mortales al paradigma de la dictadura. La hegemonía historiográfica había pasado a manos de autores que, cuando menos, no eran pro-franquistas.

Con cierto retraso sobre los enfoques «clásicos» fueron perfilándose nuevas áreas de investigación: la primera fue el estudio del exilio republicano, con el profesor José Luis Abellán en la apertura de un frente que hasta entonces se desconocía en gran medida. En el lapso de pocos años las dimensiones demográficas, políticas, sociales y culturales empezaron a explorarse detenidamente, no solo de cara a América Latina y más particularmente México sino también de cara a todos aquellos países que habían abierto sus puertas, en mayor o menor medida, al más importante y significativo de los exilios de toda la historia de España. En la actualidad, los estudios sobre el mismo, cada vez más sofisticados, constituyen uno de los puentes que unen a los historiadores españoles y extranjeros.

La segunda área fue la referente a las víctimas de la violencia desde los albores de la sublevación a la finalización de la postguerra, que a tales efectos podría situarse en el levantamiento del estado de guerra en 1948. La Universidad, todo hay que decirlo, fue pacata a la hora de abordar esta temática. No lo había sido en el anterior caso pero abordar el capítulo de la sangre vertida provocaba inhibiciones. Comenzó gracias a iniciativas locales (muy importantes en Andalucía y Extremadura) y tardó en penetrar en el *mainstream* historiográfico. Es sintomático que en el primer intento de divulgación de alto nivel realizado por un equipo de historiadores de diversas tendencias (derecha, centro e izquierda) que escribió a lo largo de varios años el guión en el que se basó el programa de Televisión Española, *España en guerra*, desglosado en treinta capítulos, la dimensión de la violencia no tuviera sino un papel secundario. En todo caso, el programa se emitió en los años 1987-1988 a altas horas de la noche y con escasa publicidad.

Desde el primer momento el estudio se concentró en la violencia franquista, la oculta. La republicana había sido publicitada, y exagerada hasta el delirio, por la dictadura desde el primer momento. Era innegable, aunque no se conocieran bien sus modalidades, perfiles, efectos y resultados. La violencia pasó súbitamente a un primer plano, también en la historiografía, al filo del cambio de siglo, cuando empezaron a realizarse las primeras exhumaciones de cadáveres ejecutados tras la sublevación sin formación de juicio y sin dejar la menor traza de papel. Desde entonces, el estudio de la violencia franquista se ha convertido, sin la menor duda, en el capítulo más vibrante de la historiografía española y ha desatado un alud de publicaciones incesante. Muchas de carácter local pero crecientemente con enfoques totalizadores. No fue solo física. También lo fue económica, política, social y cultural. El carácter sanguinario e implacable de la sublevación quedó al desnudo. Lo suficiente para que, bajo los gobiernos conservadores, se produjera una contraofensiva que revitalizó muchos de los componentes del paradigma franquista.

Dos formas de contraofensiva

Esta contraofensiva adoptó dos formas: una plúmbea, general e inmediata. Otra, más sofisticada y restringida. La primera fue obra de periodistas, divulgadores, «tertulianos» y aficionados. Se caracteriza esencialmente por la ausencia de toda nueva base documental y nulas innovaciones metodológicas. Sus cultivadores afirmaron acudir a fuentes. Su tratamiento fue, sin embargo, singular y, me atrevo a señalar, típico: la distorsión, la omisión, la tergiversación y, llegado el caso, la falsificación fueron rasgos constantes. He ejemplificado esto en el caso de las responsabilidades tras el bombardeo y destrucción de la villa foral de Guernica e ido algo más lejos que mi admirado Southworth, que no pudo consultar los archivos militares españoles.

La segunda forma es más reciente. Sus proponentes tienen formación académica y trabajan en ciertas Universidades, no muchas, españolas y extranjeras.

Para la mayoría el tema de atención preferente son los antecedentes de la guerra civil. No postulan el desemboque automático y casi garantizado de la República en ella pero su tratamiento de los años republicanos no deja demasiados resquicios a otra alternativa. Las izquierdas aparecen como las inspiradoras de la evolución, que se abordan en la dimensión estrictamente política haciendo abstracción operativa de los condicionantes culturales, económicos y sociales del contexto.

El concepto de democracia se sustrae al tiempo histórico y se plantea en abstracto, como si la democracia entonces hubiera debido ser lo que hoy entendemos como tal. La argumentación prima el discurso por encima de los comportamientos efectivos. La ahistórica comparación con la transición de 1976 subyace a muchos de sus planteamientos.

Esta desfiguración de la experiencia republicana y de su evolución en dientes de sierra lleva, necesariamente, a absolver a las derechas de toda o casi toda responsabilidad por el estallido de la guerra civil. En tal sentido, esta forma de contraofensiva coincide, extrañamente, con el postulado fundamental del paradigma franquista.

Ello no obstante la mayor parte de los historiadores de tal tendencia rechazan airadamente el que pueda acercárseles a los autores proclives al franquismo y reivindican para sí un enfoque estrictamente científico, alejado de cualquier preconcepción ideológica. En realidad, no hacen honor a tan elevadas proclamaciones.

Otros autores que forman parte de esta contraofensiva abordan la guerra civil fundamentalmente desde el punto de vista de la represión. Como es lógico, la mayor responsabilidad la atribuyen a las izquierdas y su revolución social, destructora de todos los cánones de comportamiento civilizado. En algunos casos se llega a afirmar que estuvo amparada por el propio Gobierno republicano. La represión de los sublevados suele aminorarse y se hace hincapié en su carácter reglado, aunque fuese bajo el paraguas de la justicia militar sumarísima de la época.

Un tercer tema favorito en esta contraofensiva estriba en minusva-

lorar la aportación a Franco de las ayudas extranjeras, en particular la nazi. Se eliminan los aspectos «desagradables» de la actuación de la Legión Cóndor y se sustrae a los lectores los aspectos organizativos y operativos de la imbricación de los alemanes con las fuerzas armadas franquistas. El análisis recae en la actuación bélica, como si los nazis hubieran actuado en el vacío, y en la eficacia de su armamento. En una variante, se acentúa precisamente el que no está relacionado con la aviación. El objetivo es congruente con el paradigma franquista: hay que disminuir la aportación extranjera a los vencedores y acentuar en lo posible la ayuda que los soviéticos prestaron a los republicanos. Por supuesto que las concomitancias financieras de los sublevados con los sectores más agresivos del capitalismo español y extranjero (británico y norteamericano) se orillan en todo lo posible.

Muchos de los autores de esta contraofensiva son protegidos del profesor Stanley G. Payne, catedrático emérito de la Universidad de Wisconsin, *darling* incontestado de la derecha española y cuya evolución ideológica desde los lejanos años sesenta y setenta del pasado siglo bien merecería un análisis detallado.

En resumen, aunque la guerra civil ha sido objeto de masivos tratamientos, la controversia que azuzó no ha decaído. En realidad, no es extraño. ¿Cuánto tiempo se ha tardado en llegar a un consenso sobre aspectos fundamentales de la guerra civil norteamericana y sus orígenes?

En el día de hoy

La controversia historiográfica no es solo un entretenimiento intelectual. Se apoya en sólidas evoluciones políticas, sicológicas y sociales.

En el primer plano, el embate mediático y periodístico se vio amparado por la llegada al poder, en 1996, del Partido Popular y la involución experimentada en la Iglesia Católica española. El embate intelectual e historiográfico se ha visto favorecido por las controversias desatadas en torno a la denominada Ley de Memoria Histórica de 2007, aprobada por el Parlamento en contra de la oposición del Partido Popular, pero con el apoyo de los demás partidos del arco parlamentario.

Para un sector de la sociedad española y sus medios de comunicación ha resultado intolerable que los historiadores exijan más recursos, más medios y más facilidades con el fin de continuar poniendo al descubierto las dimensiones amargas del pasado oculto: el de la represión franquista, el de la exhumación de cadáveres que yacen en fosas identificadas, pero no abiertas, o en muchas otras que no están todavía suficientemente definidas, el de dimensiones hasta hace poco sustraídas al conocimiento público.

Desde 2012 se ha producido un continuo vaciado de la Ley de Memoria Histórica, aunque no su abrogación. También es notable la renuencia tajante del Gobierno a hacer caso a las numerosas y repetidas recomendaciones de Naciones Unidas. O su rechazo explícito de cualquier condena del franquismo. Esta evolución ha dado alas a los sectores conservadores.

Por el momento, dos fenómenos poco aireados son extraordinariamente sintomáticos. Es notorio que el progreso en el desentrañamiento del pasado es función de dos variables: la identificación de nueva evidencia primaria relevante de época y la aplicación de nuevos enfoques metodológicos.

Pues bien, el actual gobierno del Partido Popular ha tomado medidas cautelares en lo que se refiere a la primera. La desclasificación de la documentación militar ha sido detenida. Los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores han sido trasladados al Archivo General de la Administración y en los últimos dos años no se ha llegado a un acuerdo sobre su futura consultabilidad. Ambas medidas han paralizado la investigación. Más importancia es la supresión de los fondos previstos en la Ley de Memoria Histórica para apoyar los esfuerzos de exhumación.

No puede, por supuesto, hacer mucho en lo que se refiere a la segunda variable salvo reintroducir la censura, lo cual sería incompatible con la legalidad vigente en la Unión Europea.

El *revival* neo-franquista no es ajeno a tales fenómenos. Los historiadores sobre la guerra civil tienen todavía bastante trabajo por delante. En cualquier caso, por encima de las disputas y disquisiciones sobre si la izquierda en la República lo hizo mal, o rematadamente mal, una cosa sí está hoy clara: la conspiración de cara a una sublevación no tardó en iniciarse tras la victoria electoral de la coalición del Frente Popular en febrero de 1936. Se hizo de dos formas inmediatas. La primera en acudir a las fuentes nutricias, el apoyo financiero de Juan March. La segunda en acudir a los fascistas italianos en demanda de apoyo material, no para un mero golpe de Estado sino para ganar una guerra que se estimaba corta. ¿Y quiénes fueron los canales de que se sirvieron los conspiradores? Los más adecuados: los monárquicos alfonsinos. El 1º de julio de 1936 se firmaron en Roma los acuerdos que preveían el suministro masivo de material de aviación, una parte del cual sería de entrega inmediata.

¿Quién dijo que la izquierda preparaba una revolución y que los malvados comunistas hacían pachas con Moscú para llevarla a cabo?

CEL

Centre d'Estudis Locals del Vinalopó

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA Juan Gil-Albert

DIPUTACIÓN DE ALICANTE

INSTITUT RAMON MUNTANER

Fundació privada dels Centres d'Estudis de Parla Catalana

FUNDACIÓ PRIVADA **MÚTUA CATALANA**

Ayuntamiento de Elda

Concejalía de Cultura

Ajuntament de Crevillent

Ajuntament de PETRER

CULTURA